



Merlo Vega, José Antonio
¡¡¡A las bibliotecas!!!

En Pérez Iglesias, Javier (ed.). *Palabras por la biblioteca*. Madrid: Asociación Educación y Biblioteca; Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Consejería de Cultura, 2004, p. 149-153.



¡¡¡A las bibliotecas!!!

Trabajar, dicen, dignifica, pero lo cierto es que no trabajamos para ser más dignos, sino para tener con qué comprar cualquier cosa que esté a la venta (y que nos hayan dicho y/o sugerido que debemos/podemos comprar). Hay que vestirse, hay que comer, hay que vivir. Y eso tiene un precio. Vestimos las mismas ropas, las que nuestras franquicias preferidas nos hacen llegar puntualmente. Cambio de temporada, cambiamos todos. A renovarse, que hoy todo es más efímero que un teléfono móvil. Comemos alimentos de las mismas marcas, las que amablemente nos sugieren nuestros simpáticos publicistas y, por simpatía también - imagino- llevan a sus estanterías las grandes superficies, tan grandes y tan superficiales. Es complicado ser original a la hora de comer. Somos dueños de nuestro ocio, por eso lo invertimos en algún código novelesco, lo compartimos con cualquier músico triunfante o nos sentamos frente a historias que superan la realidad (y la ficción). La oferta es sencilla: productos masticados y ajustados a los grandes gustos ¿o era a los gustos de los grandes? Y no se olviden de pasar por taquilla, por favor.

Pero no todo pertenece al imperio. En la aldea global unos extraños

seres resisten. Y se agrupan en lugares llenos de sílabas, de melodías y de luces. Y todo por amor al arte. ¡Por todos los dioses conocidos y los que vienen en camino! ¿A quién se le ocurre dar todo por nada? ¿Quién ha inventado las bibliotecas públicas? Luego sigo por aquí. Primero enhebro.

En el colegio, sobre una puerta, al lado de la sala de profesores, había un letrero que pretendía parecerse a un pergamino antiguo (la pretecnología hacía estragos), escrito con rotulador rojo (Carioca, probablemente), sobre una cartulina rosa (¿dónde quedó la estética?) y forrado hacia varios cursos escolares (la higiene ante todo), que en letras pseudo-góticas (la paleografía era intuición) decía: "biblioteca". Una vez vi esa puerta entreabierta y pude darle un significado al signifi-cante biblioteca: lugar donde los libros se disfrazan de momias. Y las momias, para evitar un desgaste innecesario, estaban bajo llave. Todavía conservo un ejemplar de que aquel museo arqueológico, que se distrajo misteriosamente en mi cartera. Un conjunto de lecturas de oro que constituían una joya editorial de la época, repleta de avaros castigados, soldados heroicos, civiles pelagatos y vidas irreprochables y reprochables.

Más tarde, en el instituto, tras sesiones de estudio/estancia en un recinto que también se llamaba biblioteca, pude ampliar las acepciones de este concepto polisílabo: lugar donde viven los quijotes y las celestinas. Bueno, y donde dejábamos la chupa en el recreo, que no hay quien juegue a nada con la coreana puesta. De esta biblioteca no me llevé nada, sólo recuerdos de las sesiones musicales del profesor de griego, que se había comprado un ultracoloreado órgano Cassio (¡capaz de reproducir todos los ritmos inventados hasta la fecha!), de las horas de ensayo del grupo de teatro (empeñado en resucitar a nuestros dramaturgos más ñoños) y de los vasos de plástico donde bebíamos las mirindas en las fiestas y otras dinámicas de puertas abiertas (a las que nos acostumbó el joven grupo de profesores que se hizo cargo de la orientación del centro). Pero me pierdo, estaba hablando de bibliotecas.

En la universidad aprendí más. Mucho más. Prácticamente todo lo que sé, si exceptuamos lo que ya sabía y lo que aprendí en los montones, donde la ciudad no merece ese nombre. En mi facultad había una biblioteca muy diferente, con techos altos, voces bajas y toda la bibliografía básica. En realidad, básicamente era bibliografía lo que allí había. Aunque teníamos hasta ordenadores, en los cuales las consultas eran verdaderos juegos de rol y yo siempre su víctima. Me encontraba a gusto entre aquella gente cuya meta era ocupar todas y cada una de las baldas. Pero tampoco me emocioné con nada de lo que pusieron para mí en sus esforzadamente clasificadas estanterías. Ni siquiera en el coqueto e inclinado expositor de novedades. Siempre fui un ser raro.

Pertenezco a una generación que se arrimó al mundo de las bibliotecas con recelo. Si las que me acompañaron en mi época estudiantil no me marcaron, si tampoco me conmovieron las que me ayudaron a ser alguien y a que mis vecinas, con todo respeto, me llamaran catedrático, entonces ¿cómo puedo tener buen concepto de las bibliotecas? Pues porque además de hacerme un experto en lexicografía bibliotecaria, también me inicié en su morfología y descubrí el eterno mundo de los calificativos. Comprobé que, con un sencillo adjetivo, las momias cobraban vida y abrían sus candados, que los quijotes son gente tierna y las celestinas compañeras indispensables y que la bibliografía, además de básica, también puede ser atractiva. Con sólo un adjetivo la biblioteca dejaba de estar desnuda: pública.

Y así me encuentro, pensando que las bibliotecas públicas, como el buen fútbol, deberían ser consideradas de interés general. Nada de *pay-per-view*, en abierto y sin rombos. Porque no encuentro algo semejante en nuestro perfecto orden occidental donde se dé tanto por nada. Para todos, nada para nosotros, o algo así, dice el encapuchado mexicano. También parecidas sonaban las palabras del iluminado palestino/judío. Servicios públicos, cultura pública, ocio público, información pública. ¿A ver si lo público no va a ser malo?

Voy a ponerme serio. Las bibliotecas ya no son como eran. El colectivo bibliotecario está demostrando que la palabra "vocación" no tiene por qué tener un sentido religioso. Ni la palabra "servicio" acepciones mercantilistas. No es lo mismo un usuario que un cliente. Las bibliotecarias también se tiñen el pelo de

colores (¡cómo me gustan las bibliotecarias!). Insisto: las bibliotecas ya no son como eran. En las escuelas e institutos pelean por su existencia y reclaman su evidente protagonismo en el proceso educativo. ¿Quién se puede tomar en serio una ley de enseñanza donde la biblioteca es sólo un deseo? Las universidades -las de verdad- no pueden vivir sin sus bibliotecas. Da igual que sea entre paredes o entre cables. La biblioteca para un universitario (tunos aparte, y bien aparte) es casi una segunda casa. O eso me lo parece.

Pero el salto mortal lo han dado las bibliotecas públicas. Que no se ofenda nadie, pero parecen inspiradas en el Manifiesto comunista: presupuestos públicos, infraestructuras públicas, colecciones públicas, servicios públicos... ¡para todos los públicos! Esto sí que tiene guasa, que diría el trío rumbero. Un lugar donde leer, donde informarse, donde escoger libros, discos o películas para llevar a casa. Y pidiendo a cambio solamente una cosa: ¡qué lo disfrutes! Vuelvo a insistir: ¿quién inventó las bibliotecas públicas? ¿Cuántas medallas le habrán dado ya a quien tuvo tan singular idea? Me da miedo hacer estudios sociológicos, sobre todo cuando la sociedad cambia mucho más rápido de lo que yo lo hago. Pero recuerdo y comparto que la biblioteca pública es uno de los síntomas del estado del bienestar. Conquista social, indicador del desarrollo sociocultural, ... llámalo como queráis. Y eso

sorprende, porque la tendencia, según me cuentan y no apoyo, no es sino la contraria.

La biblioteca pública es un estorbo, para los necios sabihondos que piensan que se come gran parte de los presupuestos. La biblioteca pública es un negocio, para los ignorantes ilustrados que confunden propiedad intelectual con reparto del botín. No hay presupuesto mejor invertido que el que favorece a todos. No hay propiedad más rentable que la se ofrece de forma desinteresada. Y no es una utopía lo que es real. Las bibliotecas públicas son reales y rentables. Ay, compañeros, que sólo va a ser rentable lo que produce beneficios... económicos. Pues si ése es el problema comienzo ya a llenar mis sacos de arena.

Las ciudades son cuerpos. Tienen cabeza. Tienen tronco. Y tienen sus extremidades. Sin los parques, las ciudades perderían sus pulmones. La policía municipal limpia las calles de colesterol. En los mercados, los estómagos son felices. Los ojos se van de fiesta cuando nos cruzamos. Y las bibliotecas públicas son el sístole y el diástole de la anatomía urbana. Los viejos rockeros nunca mueren, porque, aunque en las tiendas los descataloguen, siguen en las bibliotecas. Así que, como cantan los rojos barones: resistiré hasta el fin. Y como dice, con licencia, el barón de los rojos: ciudadanos del mundo, uníos: ¡¡¡a las bibliotecas!!!

José Antonio Merlo Vega
Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)
Septiembre de 2004